

Comentario de *Meaning and Context. Quentin Skinner and His Critics*

ELÍAS JOSÉ PALTI*

James Tully (comp.), *Meaning and Context. Quentin Skinner and His Critics* (Princeton: Princeton University Press), 1988, 373 pp.

Quentin Skinner¹ es, junto con J.G.A. Pocock², el más reconocido representante de la llamada «Escuela de Cambridge» (Inglaterra)³. Ésta toma sus rasgos distintivos de la obra de Peter Laslett, quien en su edición de los *Dos tratados sobre el gobierno civil* de Locke⁴ muestra que el verdadero interlocutor de Locke no era, como suele afirmarse, Hobbes, sino un autor hoy casi desconocido, Filmer, y que sólo en relación a éste pueden comprenderse las ideas de aquél. Con ello Laslett pretendía demostrar el error de pensar la historia de las ideas políticas como una especie de diálogo entre figuras canónicas que, en realidad, sólo posteriormente fueron consagradas como tales.

La recopilación realizada por James Tully que aquí se reseña ofrece una panorámica completa y actualizada tanto de las diversas posturas teóricas elaboradas a lo largo de su trayectoria intelectual por Quentin Skinner, así como de las críticas de las que fue objeto. Dicha trayectoria se inicia con «Meaning and Understanding in the History of Ideas» (1969)⁵, el primero de una serie de escritos teórico-metodológicos por los que Skinner intenta proveer un fundamento teórico a la propuesta

* Dirección: Department of History, University of California et Berkeley, Berkeley, CA 94720. U.S.A.

1 Quentin Skinner (1941-) es Profesor de Ciencias Políticas en la *Cambridge University*. Sus obras más importantes son: *The Foundations of Modern Political Thought*, 2 volúmenes (Cambridge: Cambridge University Press, 1978); *Machiavelli* (Oxford: Oxford University Press, 1981); *Ambrogio Lorenzatti: The Artist as Political Philosopher* (Londres: The British Academy, 1987). También publicó numerosos artículos y participó como compilador de numerosas obras. Una bibliografía detallada se encuentra en Tully, *Meaning and Context*, 342-4.

2 J.G.A. Pocock es Profesor de Historia en *The John Hopkins University*, habiendo enseñado antes historia y ciencia política en la *Washington University*. Sus obras más importantes son: *The Ancient Constitution and the Feudal Law* (Cambridge: Cambridge University Press, 1957); *Politics, Language, and Time. Essays on Political Thought and History* (Nueva York: Atheneum, 1971; reimpreso en Chicago: The Chicago University Press, 1989); *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition* (Princeton: Princeton University Press, 1975); y *Virtue, Commerce, and History* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985). Una bibliografía completa de este autor se encuentra en Iain Hampsher-Monk, «Review Article: Political Language in Time—The Work of J.G.A. Pocock», *The British Journal of Political Science* 14 (1984): 112-6.

3 Cabe aclarar que ni Skinner ni Pocock han usado tal término. Otros autores usualmente asociados a tal escuela son John Dunn, Stefan Collini, Anthony Pagden, Richard Tuck, James Tully, y Donald Winch. Una interesante reseña de las ideas y trayectoria del grupo se encuentra en Melvin Richter, «Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner, and the *Geschichtliche Grundbegriffe*», *History and Theory* 29.1 (1990):38-69, en donde su autor, Richter, compara su obra con la de sus pares alemanes Otto Brunner, Werner Conze, y Reinhardt Koselleck.

4 Locke, *Two Treatises of Government* (Cambridge: Cambridge University Press, 1960).

5 Skinner, «Meaning and Understanding in the History of Ideas», *History and Theory* 8 (1969): 489-509. Este artículo se encuentra reimpreso en Tully (comp.), *Meaning and Context*, 29-67.

historiográfica de Laslett. Para ello, Skinner se basa en la larga tradición anglosajona de filosofía del lenguaje⁶, definiendo los textos como *actos de habla*⁷. Retoma así la distinción desarrollada por Austin en *How to do Things with Words*⁸ entre el nivel *locutivo* de un determinado enunciado y su fuerza *ilocutiva*, esto es, entre lo que se dice y lo que se hace al decirlo⁹. Según esta perspectiva, para comprender históricamente un *acto de habla* no bastaría con entender lo que por el mismo se dice (su sentido locutivo), sino que resulta necesario situar su contenido proposicional en la trama de relaciones lingüísticas en el que éste se inserta a fin de descubrir, tras tales actos de habla, la *intencionalidad* (consciente o no) del agente (su fuerza ilocutiva), es decir, qué hacía éste al afirmar lo que afirmó en el contexto en que lo hizo.

Skinner denuncia de este modo las limitaciones de los enfoques formalistas del *New Criticism* y las historias de ideas tradicionales que aíslan los textos de su momento histórico para concentrarse en aquellos supuestos elementos de validez universal que los mismos pudieran contener, con lo que terminan conduciendo, invariablemente, al anacronismo de pretender ver en las distintas doctrinas políticas otras tantas respuestas a supuestas «preguntas eternas». Historias hechas de anticipaciones y «clarividencias», aproximaciones u oscurecimientos contrastados a la luz de una supuesta búsqueda común del ideal de «buen gobierno», Skinner desnuda lo que llama la «mitología de la prolepsis» (la búsqueda de la significación retrospectiva de una obra, lo que presupone la presencia de un cierto *telos* significativo implícito en ella y que sólo en un futuro se revela) sobre la que aquellas se fundan.

Lo que él busca, en cambio, es aquello que particulariza y especifica el contenido de las diversas doctrinas y que sólo resulta asequible en el marco más amplio del peculiar contexto histórico en que se inscriben. De un modo nada sorprendente, pues, Skinner sería identificado como abogando por un contextualismo radical. Su obra jugaría así un rol decisivo en la demolición de la «historia de las ideas» tradicional, asociada a la escuela organizada en torno a la obra, tanto historiográfica como

-
- 6 El ambiente intelectual en Cambridge estaba desde los cincuenta dominado por la filosofía del «último» Wittgenstein. En dicho contexto, T.D. Weldon había ya definido a las teorías políticas de los siglos diecinueve y veinte como «un juego de lenguaje altamente sofisticado» [Weldon, «Political Principles»; en Laslett (comp.), *Philosophy, Politics, and Society* (Oxford, 1956), 25; citado por Richter, «The History of Political Languages», 51].
- 7 Para una reseña de los orígenes y la historia de las diversas filosofías del lenguaje, ver Ernest Cassirer, *The Philosophy of Symbolic Forms*, vol. 1 (New Haven, 1953). Para una reseña más actualizada, Ian Hacking, *Why Does Language Matter to Philosophy?* (Cambridge: Cambridge University Press, 1975); y Richard Rorty, *Philosophy and the Mirror of Nature* (Princeton: Princeton University Press, 1979); y *The Linguistic Turn: Recent Essays in Philosophical Method* (Cambridge: Cambridge University Press, 1967).
- 8 Se trata de las conferencias William James dadas por J.L. Austin en 1955, reconstruidas por J.O. Urmson y publicadas en Oxford: Oxford University Press, 1962.
- 9 Skinner ofrece un ejemplo a fin de aclarar tal distinción: «Consideremos el caso de alguien que está patinando y un policía le dice: 'Cuidado que la capa de hielo allí es muy delgada'. Aquí, el policía obviamente está haciendo una afirmación: él dice algo y sus palabras significan algo. Pero Austin señala un punto adicional, que es que dicha afirmación encierra también una fuerza ilocutiva correspondiente al hecho de que el policía hace algo al pronunciar su afirmación: el puede, por ejemplo, estar realizando el acto elocutivo de *advertir al patinador*»; en Tully (comp.), *Meaning and Context*, 83–84. Dicho ejemplo se repite en la página 261 en donde incorpora la noción de «intención perlocutiva»: «Finalmente», agrega, «el policía puede acertar a lograr consecuencias (perlocutivas) adicionales por decir lo que dijo; por ejemplo, puede persuadir, atemorizar, o, simplemente, divertir al patinador». Esta última distinción entre lo elocutivo y lo perlocutivo la utiliza para argumentar contra quienes pretenden reducir el significado de un acto de habla a su instancia textual. Según Skinner, éstos confunden el nivel perlocutivo de un acto de habla (que efectivamente puede encontrarse en el texto mismo) con su fuerza ilocutiva («cuya captación requiere de una forma de estudio separada», *Meaning and Context*, 75).

institucional, de Arthur Lovejoy¹⁰ que dominó al ambiente de la historia intelectual anglosajona en los años 40s y 50s. Ésta postulaba la centralidad de las «ideas-unidad», cuyo historia podría rastrearse a través de los contextos de ideas más diversos (lo que llevaba necesariamente a desgajar su sentido de su contexto de emergencia originario).

Este «contextualismo» de Skinner no debe, sin embargo, confundirse con el tipo de reduccionismos que tanto molestan hoy a los ahora llamados «historiadores intelectuales» (y a quienes, en un sentido, Skinner anticipa). El nivel textual no es para este autor una mera emanación o protuberancia de realidades previas, sino actos-de-habla siempre ya incrustados en un determinado sistema de acciones comunicativas. «El 'contexto'», dice, «fue erróneamente considerado como determinante de lo que se dice. Más bien cabe considerarlo como un marco último para ayudar a decidir qué significados convencionalmente reconocibles, en una sociedad de *tal* tipo, podía haberle sido posible a alguien intentar comunicar» (*Meaning and Context*, 64).

El «contexto» al que Skinner se refiere, pues, es el conjunto de convenciones que delimitan el rango de las afirmaciones disponibles a un autor determinado (las *condiciones semánticas de producción* de un texto dado). Esto no significa, sin embargo, que éste se encuentre prisionero de dichas convenciones. Un determinado acto de lengua puede resultar confirmatorio de las convenciones vigentes, o bien guardar una relación conflictiva respecto de las mismas. «El lenguaje», dice, «es tanto un recurso como una limitación». (*Meaning and Context*, 276). Lo que interesa básicamente a Skinner es entender dicha relación, siempre inestable y cambiante, entre convenciones lingüísticas dadas y afirmaciones efectivamente realizadas por las cuales se va forjando o modificando una determinada tradición o «vocabulario», como es el edificio jurídico-político sobre el que se funda el estado moderno (tema de su *The Foundations of the Modern Political Thought*), y por el cual las prácticas históricas pueden definirse y tornarse inteligibles para los mismos actores.

De ello se desprende una regla metodológica fundamental para evitar proyecciones anacrónicas del presente sobre el pasado: que «toda reseña de lo que un determinado agente quiso decir debe necesariamente caer dentro, o hacer uso, del rango de descripciones que el agente mismo pudo, al menos en principio, haber utilizado para describir y clasificar lo que estaba haciendo» (*Meaning and Context*, 48) (regla que tiende a mostrar el absurdo de afirmaciones tales como: «cuando Petrarca subió al Mount Ventoux, comenzó el Renacimiento», o bien, «Marsilio de Padua sostuvo la doctrina de la división de poderes», en las que se apela a categorías que «sólo más tarde

10 La llamada «historia de ideas» se asocia, tradicionalmente, en este país, con, el ya mencionado, Lovejoy, Perry Miller, y sus seguidores (y, eventualmente, críticos). La escuela cobra forma institucional en 1923 con la creación del *History of Ideas Club* en la *John Hopkins University*. Sus fundadores fueron Lovejoy, Gilbert Chinard y George Boas, participando también de él Marjorie Nicholson, W.F. Albright (arqueólogo), Ludwig Edelstein y Harold Cherniss (clasicistas), Bentley Glass (biólogo), Owsei Tomkin (historiador de la medicina), y otros. Para una reseña de la trayectoria de dicha escuela ver Boas, *The History of Ideas. An Introduction* (Nueva York: Ch. Scribner's Sons, 1969) [especie de «historia oficial»], Donald Kelley, «Horizons of Intellectual History. Retrospect, Circumspect, Prospect», *Journal of History of Ideas* 48 (1987): 143-69; y «What is Happening to the History of Ideas?», *Journal of the History of Ideas* 50.1 (Jan.-March 1990): 3-26. Sobre la transición a la nueva *intellectual history* ver los ya mencionados trabajos de Bouwsma y Darnton, y también Kelley, «What is Happening to the History of Ideas», *Journal of the History of Ideas*, 51.1 (1990): 3-26. El número 48.2 (April-June 1987) del *Journal of the History of Ideas* está dedicado a una reseña de la trayectoria y perspectivas de esta escuela a cincuenta años de la publicación de *The Great Chain of Being* de Arthur Lovejoy. Este contiene artículos de Daniel Wilson, Gladys Gordon-Bournique, Edward Mahoney, Francis Oakley, y Melvin Richter.

estuvieron disponibles») (*Meaning and Context*, 44)¹¹. Y se derivan también dos conclusiones fundamentales que pronto serían objeto de críticas: primero, que todo texto—como—acción debe comprenderse según su racionalidad específica (es decir, sin buscar parámetros transhistóricos de racionalidad); y, segundo, que para descubrir dicha racionalidad debe superarse su instancia meramente «textual» y acceder a la trama de relaciones e intencionalidades por los que dichos textos se constituyen como tales actos de habla.

Ambos supuestos, como dijimos, van a encontrar severos críticos. Charles Taylor, por ejemplo, ve en la distinción que hace Skinner entre racionalidad y verdad un resabio de la dicotomía positivista entre hechos y valores. Martin Hollis insiste en la necesidad de hallar patrones transculturales de racionalidad a fin de comprender (es decir, traducir en términos que nos resulten familiares) los motivos que llevaron a un actor a realizar un determinado acto. Finalmente, Keith Minogue mostraría cómo tampoco Skinner, en su práctica historiográfica, pudo escapar a la necesaria apelación a tales conceptos genéricos. De hecho, «el concepto moderno de Estado» cuya genealogía Skinner describe en sus *Foundations* no se distingue, dice Minogue, de aquellas categorías transhistóricas que él mismo denunciara como mitológicas¹². Todas estas críticas apuntan contra lo que se percibe como un «relativismo vicioso». Skinner, sin embargo, puede desentenderse de tal acusación insistiendo en que sus artículos no tratan sobre la «verdad», sino simplemente sobre la «racionalidad» de los actos de habla (distinción que sus críticos no habrían entendido o bien habrían malinterpretado), es decir, que lo que él trata de hacer es penetrar la lógica específica interna que ordena un determinado régimen de discursividad, sin preocuparse por su contenido veritativo.

Más sensible resulta este autor a la crítica (opuesta a las anteriores) de John Keane¹³, quien cuestiona su creencia ingenua en la transparencia del lenguaje, para los propios actores, en cuanto a la significación de su accionar. En «Some Problems in the Analysis of Political Thought and Action» (1974), Skinner reconoce finalmente que su postura original «había sido más bien simplista» al respecto (*Meaning and Context*, 102). No por ello, sin embargo, aceptaría el tipo de textualismo radical que Keane propone. Para Keane, lo que se encuentra detrás de los textos, la intencionalidad (subjética) de los actores, no es recobrable (sólo el lenguaje ofrece un soporte objetivo de inteligibilidad histórica), aunque tampoco sería ya relevante. Skinner, en sus trabajos subsiguientes, intenta dar cuenta de tal «productividad» del lenguaje (cuyo significado acepta que efectivamente excedería la intencionalidad de sus mismos agentes) desarrollando, en cambio, una fórmula para distinguir los motivos antecedentes (subjéticos) de las intenciones (objetivas) que en los textos se manifiestan y devienen «públicamente legibles» (279).

11 En el caso de Marsilio, por ejemplo, la doctrina de la división de poderes surgió, en realidad, dos siglos después de su muerte, junto con el concepto historiográfico de que la transición de la República al Imperio en Roma mostraría los peligros de la concentración del poder en una autoridad única (*Meaning and Context*, 32-3).

12 Charles Taylor, «The Hermeneutics of Conflict»; Martin Hollis, «Say it with Flowers», *Supplementary Proceedings of the Aristotelian Society* 52 (1978): 43-57; Kenneth Minogue, «Method in Intellectual History», *Philosophy* 56 (1981): 533-52. Todos reimpresos en *Meaning and Context*, 218-230, 135-146 y 176-193, respectivamente.

13 «La nueva metodología histórica» dice John Keane en «More Theses on the Philosophy of History», «descansa en una exagerada afirmación de que el agente siempre tiene un acceso privilegiado al significado de sus propias expresiones intencionales.... La nueva historia supone que el lenguaje, lejos de desplegar una 'productividad' por sí mismo, aparece bajo de la forma de una envoltura transparente...» (*Meaning and Context*, 206). Siguiendo a Ricoeur, Keane señala que todo texto despliega por sí un «excedente [surplus] significativo» que no se agota en el horizonte de visibilidad del autor.

Los actos de habla serían, pues, «análogos de textos: encarnan sentidos intersubjetivos que nosotros podemos leer» (*Meaning and Context*, 280), concepto que Skinner toma de Clifford Geertz. Las «intencionalidades», sólo en tanto que cristalizadas en expresiones se tornan susceptibles de ser leídas. Nuestro objeto se torna entonces objetivo y asequible sin necesidad de presuponer una misteriosa comunicación empática entre el actor y el investigador¹⁴. Sin embargo, llegado a este punto, la radical alteridad entre texto y contexto que antes postulaba termina diluyéndose; el «contextualismo» skinneriano parece, paradójicamente, tornarse prácticamente indistinguible de su contrario; de hecho, terminaría integrándose, *malgré lui*, al movimiento general contemporáneo hacia el textualismo radical.

Y ello plantearía una serie de problemas dentro de los marcos de la teórica skinneriana del sentido. Una vez que la relación entre texto y autor, lenguaje e intenciones, en fin, *entre la obra y su contexto de emergencia* se ha problematizado, surgen (o resurgen) necesariamente el tipo de cuestiones propias de toda hermenéutica de los significados: la de delimitar qué es lo que puede legítimamente decirse respecto de un texto dado y qué no. Si el «sujeto intencional» no coincide ya con el «sujeto biográfico», se quiebra así la regla metodológica fundamental de Skinner para ello (no decir nada que, en principio, el mismo autor no podría haber aceptado). Bien podría ser, entonces, por ejemplo, que Petrarca hubiera efectivamente fundado el Renacimiento, que si bien es verdad que es absurdo imaginar a Petrarca diciendo: «¡Estoy fundando el Renacimiento!», ello podría deberse no a que no fuera cierto, sino, más simplemente, al hecho de que era imposible para él tener conciencia plena del sentido «objetivo» de su propio accionar¹⁵. El problema que aquí surge es que, una vez que la «intencionalidad objetiva» del autor se torna, ella misma, en objeto de interpretación, ya no habría instancia extradiscursiva alguna frente a la cual contrastar las distintas interpretaciones (y, respecto de la cual, identificar los anacronismos y mitologías, y limitar su alcance).

Esta última revelación terminaría poniendo de relieve la dimensión *autoral* de la empresa interpretativa, es decir, el hecho que toda interpretación de los textos del pasado se encuentra no menos contextualmente determinada y responde por igual a las condiciones semánticas de producción específicas a su propio contexto de emergencia (invariablemente distinto del de las obras a las que estudia). Como señala Keane a Skinner, «no sólo aquellos cuyas afirmaciones han de ser interpretadas, sino los intérpretes mismos están siempre situados en un campo históricamente limitado de convenciones y prácticas mediadas por el lenguaje ordinario» (*Meaning and Context*, 209). Esto no parece dejar otra alternativa abierta que el relativismo epistemológico. Al menos, esa es la conclusión a la el propio Geertz (a quien Skinner tomara como modelo) terminaría arribando. En uno de sus escritos más recientes, Geertz asegura ya que,

«Contar las cosas tal como son» resulta un slogan no mucho más adecuado para la etnografía que para la filosofía después de Wittgenstein (o Gadamer), para la historia

14 «Por supuesto, no podemos esperar ponernos en los zapatos de los agentes pasados, menos aún en sus mentes. Pero de ello no se sigue que no podamos recobrar las intenciones con las cuales sus expresiones fueron realizadas, y por lo tanto qué quisieron ellos decir por las mismas. La razón es que las intenciones con las cuales alguien lleva a cabo un acto de comunicación deben, *ex hypothesi*, ser públicamente legibles.... Nada del tipo de una 'empatía' es requerido, desde que el sentido del episodio es enteramente público e intersubjetivo» (SKINNER, *Meaning and Context*, 279).

15 De hecho, el decir de Petrarca que «fundó el Renacimiento» es, como proposición, estrictamente correlativa a la afirmación que dice: «Petrarca cuestionó el vocabulario medieval-cristiano entonces dominante». No implicaría, por lo tanto, *a priori*, ningún anacronismo en el sentido denunciado por Skinner: si tal afirmación efectivamente representa, o no, un anacronismo en el sentido dado, es algo que sólo se puede determinar *a posteriori*.

después de Colingwood (o Ricoeur), para la literatura después de Auerbach (o Barthes), para la pintura después de Gombrich (o Goodman), para la política después de Foucault (o **Skinner**), o para la física después de Kuhn (o Hesse)¹⁶.

No es ésta, en verdad, la conclusión a la que Skinner mismo quería inducir con sus escritos. Sin embargo, éstos abrían un curso teórico que conducía (si no inevitablemente, al menos como una de sus alternativas posibles) a aquélla, aun cuando esto ocurriría no tanto (aunque sí en parte) por lo que en ellos su autor afirma, como, fundamentalmente, por el hecho (quizás paradójico) de que con ellos Skinner desarrollara una problemática (la cual determinará, en gran medida, el tono particular que adquiriría luego, en los países anglosajones, el debate en torno a la finalidad y los métodos de la llamada «historia intelectual») cuya solución, sin embargo, escapa al alcance del conjunto de elementos conceptuales y categorías de que su propia teoría dispone. En este sentido, la obra teórico-metodológica de Skinner marca un hito decisivo para un proceso aún en curso, y cuya problemática (aunque sucesivamente redefinida por quienes lo siguieron) permanece vigente y sigue siendo materia de debate. Su estudio, por lo tanto, resulta ineludible para aquellos interesados en una comprensión acabada de las teorías y polémicas actuales en un área, la teoría y metodología de la historia intelectual, hoy particularmente activa en el ámbito historiográfico angloamericano. La obra compilada por Tully y aquí reseñada representa un instrumento fundamental para ello. Esperemos, por lo tanto, que sea pronto traducida al español.

Septiembre de 1995

16 Clifford Geertz, *El antropólogo como autor* (Barcelona: Paidós, 1989), 147 (énfasis agregado).